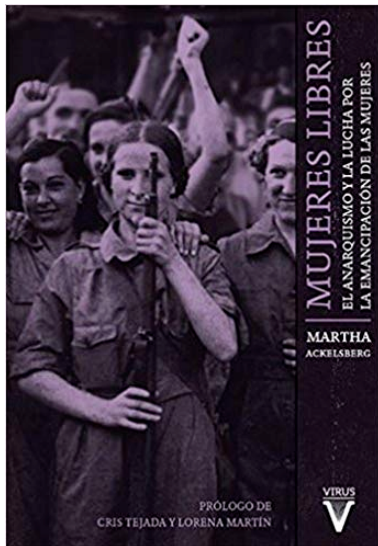


Martha A. Ackelsberg, *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Virus Editorial, Barcelona, 2017.

Por [Alba Iglesias Díaz](#)



Martha A. Ackelsberg (Nueva York, 1946), quién fue profesora de Ciencias Políticas en Massachussets, nos presenta en esta obra el resultado de su exhaustiva investigación sobre *Mujeres Libres*, una organización anarquista formada por y para mujeres en la España de 1936. A través de múltiples testimonios y de un estudio riguroso del período político que abarca la época anterior a la guerra civil y los años que dura ésta, Ackelsberg reconstruye qué fue Mujeres Libres y qué supuso para las que participaron en el proyecto y para la sociedad del momento, especialmente en los círculos

anarquistas. Sin embargo, su propósito no es meramente historiográfico, sino que tiene un marcado objetivo político y emancipatorio: tratar de mostrar las enseñanzas aplicables al presente de esta convergencia entre anarquismo y liberación de la mujer.

Este libro ve la luz con su primera edición en 1991, pero es fruto de una larga investigación que Ackelsberg comenzó ya en los años setenta. Dada la nacionalidad de la autora, esta obra está pensada para un público estadounidense, debido a la carencia de su tradición de un legado anarquista o libertario. El objetivo de Ackelsberg es, en este contexto, introducir el debate de la práctica anarquista en el feminismo contemporáneo de Estados Unidos.

Respecto a esta edición en castellano, se trata de una traducción de la versión original, sin variaciones pensadas para un público diferente. En el prefacio,

Ackelsberg denuncia que a pesar de que Mujeres Libres fue una organización española, ello no conlleva que en España sea bien conocida, ni siquiera el propio movimiento libertario o la revolución social que acompañó a la Guerra Civil. Para Ackelsberg, ello es una consecuencia directa del vacío cultural provocado por la represión del franquismo, así como por el enorme cambio de la sociedad española desde los años treinta del siglo XX hasta la actualidad.

El libro hace un recorrido cronológico por la historia de Mujeres Libres y sus momentos más importantes, dividido en distintos capítulos que se estructuran en torno a distintos problemas o conceptos. Así, relata de forma clara el contexto social español desde el siglo XIX hasta el final de la guerra civil, sin olvidar los problemas más teóricos.

La autora realiza un análisis de la teoría anarquista y de las preocupaciones feministas de mujeres anarquistas españolas, estudiando qué ideas pueden ser interesantes o útiles para el feminismo contemporáneo. Hace especial énfasis en los encuentros y desencuentros del anarquismo y del “feminismo” libertario, tanto en la teoría como en la praxis.

En la “Introducción”, Ackelsberg presenta a varias mujeres cercanas a Mujeres Libres, ya ancianas, a las que entrevista durante su investigación. Allí comenta e introduce uno de los rasgos de la perspectiva de estas mujeres que se repetirá constantemente a lo largo de la obra: las mujeres anarquistas que crearon o participaron en Mujeres Libres y que, por tanto, estaban muy comprometidas con la emancipación femenina, no se consideraban a sí mismas feministas. Esto es así porque el feminismo era considerado, o bien como una ideología burguesa que no tenía nada que aportar a las reivindicaciones libertarias, o como un movimiento contra los hombres que pretendía sustituir la jerarquía masculina por una femenina.

Además de familiarizarnos con algunas de las protagonistas del ensayo, en la “Introducción” la autora también explica que el libro se desarrolla en torno a tres conceptos básicos para el análisis feminista que encontró en Mujeres Libres: comunidad, capacitación y diversidad.

En el primer capítulo, “La revolución anarquista y la liberación de las mujeres”, se discute una de las cuestiones fundamentales del libro. ¿Hasta qué punto el anarquismo de la época estaba comprometido con la situación de las mujeres? Los

anarquistas defienden que, para crear una sociedad justa, es necesario abolir todo tipo de dominación y jerarquía, con lo que también se hablaba de la igualdad entre los sexos. En la mayoría de los círculos anarquistas, consecuentemente con la idea de que no existe una naturaleza humana, se consideraba que la mayoría de las mujeres están atrasadas respecto a sus compañeros porque los hombres las han oprimido y mantenido en ese estado.

Sin embargo, ni siquiera en el plano teórico encontramos un consenso, sino encontramos posturas desde la de Proudhon, que se mostraba partidario de la familia tradicional, hasta posiciones afines con el amor libre y la supresión de la monogamia. Especialmente en los años treinta, gracias a la influencia del psicoanálisis, se puso en relieve la importancia de la sexualidad en la vida humana, con lo que comenzó a buscarse una nueva ética sexual.

La meta anarquista es eliminar las instituciones que impiden desarrollar el sentido moral y político de las personas, para así fomentar la responsabilidad del cuidado de los demás y de sí mismos. Siguiendo la noción de justicia inminente de Proudhon, el desarrollo de nuestra noción de justicia depende de nuestras relaciones con los demás, del resto de la comunidad. Por ello, eliminando las cortapisas sociales, los anarquistas creían que vivir y participar en una comunidad formaría un sentido de reciprocidad y justicia social. Y para ello, era fundamental la acción directa o, dicho de otra forma, la participación. A través de la militancia en la comunidad, de la preparación, se produce un sentimiento de capacitación de gran importancia para la conciencia revolucionaria, que además tiene efecto en los demás a través de la *propaganda por el hecho*. En este contexto, también existía el debate acerca de si la liberación femenina debe ser llevada a cabo exclusivamente por las mujeres, o si los hombres debían asumirlo como su responsabilidad.

La postura mayoritaria en España (la posición oficial de la CNT) era contraria Proudhon y tiene sus orígenes en Bakunin. Es la defensa de la igualdad entre hombres y mujeres, y la clave de la emancipación femenina es la incorporación total al trabajo asalariado, al igual que sus compañeros. No obstante, también había voces en el movimiento partidarias de que ello no sería suficiente, que la subordinación de las mujeres tiene causas más profundas que las económicas. Por ello, una revolución libertaria no solo debería acabar con las relaciones de dominación propias del

trabajo, sino también con las coacciones impuestas a través de las instituciones religiosas, de la familia y de la sexualidad.

Sin embargo, a pesar de la búsqueda tan radical de emancipación colectiva que podemos encontrar en el anarquismo, y de la preocupación teórica mayoritaria respecto a la situación de las mujeres, tan evidente y dolorosa, vemos que en la práctica pocos la entendieron como una prioridad.

En el segundo capítulo del libro, “La movilización de la comunidad y la organización sindical”, Ackelsberg realiza un recorrido por la historia de España, especialmente por el siglo XIX, para explicar la llegada al país del anarquismo y el éxito del movimiento en la época justo anterior a la Guerra civil. Para ello, recalca la importancia de las tradiciones españolas de localismo, comunalismo y de acción directa. Ackelsberg explica también el éxito anarquista por su capacidad de crear vínculos entre miembros muy distintos de la sociedad (como obreros, mujeres, campesinos...) y porque no funcionaba únicamente como un sindicato, sino que iba mucho más allá del centro de trabajo. La CNT organizaba muchas actividades: formativas, culturales... En un país con unas tasas altísimas de analfabetismo, el anarquismo se tomó muy en serio educar a la población, creando ateneos en los que poder aprender a leer y acceder a la “cultura”. De fondo, estaba la idea de educación como *capacitación*, teniendo en cuenta que además se basaban en una idea de educación política, buscando la potenciación de las capacidades del individuo, la estimulación del entusiasmo por el mundo, y la búsqueda de libertad individual y colectiva. Y por encima de todo, la consecuencia más duradera en el tiempo, estas iniciativas supusieron la creación de una comunidad de personas, de redes de compañeros y compañeras que tenían en común una vocación por cambiar el mundo a mejor.

Sin embargo, para las fundadoras de Mujeres Libres, estas instituciones del movimiento no eran suficientes para que las mujeres se constituyeran como miembros plenamente iguales de la sociedad, por lo que era necesario crear espacios específicos para solucionar su situación.

A continuación, en el tercer capítulo, se narra la época de la Guerra Civil y la revolución social que la acompañó en muchas zonas de España, donde anarquistas o socialistas decidieron colectivizar y transformar ciudades, campo... Tras el golpe de

estado, muchas mujeres ayudaron y participaron en la lucha contra el avance del fascismo, así como en la revolución social.

Pero según avanzó la guerra, el gobierno cada vez fue más contrarrevolucionario. Los comunistas, que eran muchos menos en comparación a los anarquistas antes de la guerra, fueron creciendo en contraposición al movimiento libertario. Mientras que los anarquistas creían en la revolución social como una prioridad respecto a la república burguesa, los comunistas defendían que primero, antes que cualquier revolución, había que ganarle la guerra al fascismo.

Respecto a la situación de la mujer en la lucha armada, es bien conocido, gracias a la cartelería política, la figura de la miliciana. Sin embargo, no fueron muchas las que dieron ese paso, y, además, las mujeres soldado nunca fueron plenamente aceptadas, ni siquiera en los círculos revolucionarios: el ejemplo más aplaudido de resistencia femenina fue desde el hogar y el puesto de trabajo, no en las armas. A su vez, en las colectividades y las zonas de “control obrero”, tampoco había igualdad ni de participación ni de salario en los trabajos remunerados que hacían las mujeres. Hubo algunos casos de puestos de poder ocupados por mujeres, pero en general no fue la norma.

En el cuarto capítulo, Ackelsberg pasa a relatar el tema central de la obra: la fundación de Mujeres Libres. Antes de ser una federación nacional en el año 1937, Mujeres Libres comenzó una revista en mayo de 1936. Las fundadoras, todas militantes en el anarcosindicalismo, dieron este paso por sentir que el movimiento libertario no era suficiente ni adecuado para abordar y tratar de solucionar la opresión específicamente femenina.

En primer lugar, aunque se rodearan de compañeros anarquistas, defensores de una sociedad libre e igualitaria, la mayoría seguían ajustándose a roles de género tradicionales, tanto en el hogar como en el espacio público. Algunas relatan que era común que no se escuchara con la misma seriedad las intervenciones de las mujeres como las de los hombres.

En respuesta a esta situación, algunas mujeres en Barcelona decidieron formar grupos femeninos independientes para aprender a argumentar y a hablar en público, y después mandar sus demandas al resto. Su objetivo era, fundamentalmente, animar a las mujeres a la participación más activa en la CNT. Paralelamente, en

Madrid, se formó otro grupo femenino (el que dio lugar a Mujeres Libres) con un propósito que iba más allá del de sus compañeras catalanas: pensaban que la emancipación femenina debía ir superando el desarrollo de una conciencia política y social, y elevarse a la búsqueda de una educación que permitiese a las mujeres saborear las experiencias de la vida en toda su plenitud, darles la oportunidad de apreciar el arte, la cultura, la belleza. Cuando las mujeres de Barcelona se enteran del proyecto de Mujeres Libres, se unen a él, y así seguirá extendiéndose por diversos puntos de España. Aunque en un principio Mujeres Libres se formó como revista, en la que se trataban temas relativos a la situación femenina, cuando comenzó la Guerra Civil se convirtieron en una organización social.

En el capítulo quinto, se relatan detalladamente algunos de los programas de formación que se llevaron a cabo desde Mujeres Libres. El objetivo era doble: de capacitación (como única forma de superar la subordinación femenina) y de captación. Sin tratar de separar el problema de género del problema de clase, y siempre reticentes ante el “feminismo burgués”, las participantes de Mujeres Libres partían de que la capacitación femenina era necesaria para que las mujeres pudieran ser autónomas y determinarse a sí mismas; y así poder luchar y construir una sociedad futura libre de opresión. Por el contrario, tanto en la CNT como la FAI estaban interesados en la captación de mujeres para la causa, pero no en su educación; algo absurdo para Mujeres Libres.

Las actividades principales tenían que ver con superar el analfabetismo, con la preparación para la participación política; pero también con cursos de historia, sociología, ciencias naturales, de idiomas... A su vez, se crearon secciones de trabajo con proyectos diseñados para facilitar la incorporación de las mujeres a la fuerza laboral en iguales condiciones a los hombres. Se apoyó la participación femenina en la lucha militar. Se crearon clínicas de maternidad, se impulsaron programas de educación sexual, sobre la educación de los hijos, se trató el tema de la prostitución, se crearon programas para refugiados. Coherentes con su intento de análisis multifactorial, los programas de formación y las actividades no podían basarse en un único frente, sino que tenían que ser globales.

En Mujeres Libres se le daba una enorme importancia a la educación, como única forma de superar la triple opresión de las mujeres (como ignorante, como productora

y como mujer), y se seguía la máxima de seguir a la doctrina libertaria, no a los partidos. De fondo, nos encontramos siempre con la misma tesis: las mujeres no son solo madres, esposas o hijas; las mujeres son personas que deben luchar por su emancipación, tanto interior (en su relación consigo mismas) como exterior (en su relación con el mundo).

En el capítulo sexto, “¿Distintos e iguales?”, Ackelsberg estudia la relación de Mujeres Libres con su entorno. Mujeres Libres se situó tanto en contra de las posturas sobre la unidad femenina (por su afinidad con el movimiento libertario), como en contra de la clásica postura marxista de los partidos de izquierdas, que niega la especificidad de la opresión de la mujer. Por tanto, Mujeres Libres no tenía una buena relación con otros grupos de mujeres, no anarquistas, pero tampoco estaban plenamente integradas en los círculos libertarios. Mujeres Libres quería formar parte del movimiento y a la vez conservar su autonomía, es decir, querían ser reconocidas plenamente como una organización anarquista más. Como explica Ackelsberg, la mayoría de la correspondencia muestra que se consideraba a Mujeres Libres como miembro del movimiento anarquista, pero miembro más pequeño e inmaduro, como una hermana pequeña a la que nunca se escucha con el mismo respeto o seriedad que al resto. Aunque se les diera apoyo moral o financiero, no se llegó nunca a reconocer plenamente a Mujeres Libres como cuarta rama del movimiento libertario con la misma importancia que la CNT, la FAI o las FIJL.

Para terminar, Ackelsberg repasa en la “Conclusión” las enseñanzas que podemos extraer de Mujeres Libres.

En cuanto a las declaraciones de las formaron parte, la autora recalca la importancia de las experiencias de participación política debido al sentimiento de unión y a la orientación comunitaria que se forma, así como por entender la capacitación individual también como un proceso colectivo. Ello encaja perfectamente con reivindicaciones feministas contemporáneas, que subrayan cada vez más la importancia de las relaciones y redes de apoyo entre mujeres, además de la idea de que la participación en la acción política tiene también repercusión en los modos en que los individuos se ven a sí mismos, en este caso las mujeres. Por ello, se resalta constantemente la interrelación entre comunidad, capacitación e individualidad, y se le da un gran valor a la participación popular.

Mujeres Libres dio a las mujeres con vocación política la oportunidad de no tener que elegir entre clase y género, a través de un análisis multifactorial que no niega ni la especificidad de la opresión de la mujer ni la lucha anticapitalista. Ello iba de la mano de una postura positiva acerca de la diversidad, del apoyo a una perspectiva comunitaria y colectivista que no niega las diferencias entre sus miembros ni las desdeña. En ese sentido, para Mujeres Libres, como para muchas feministas contemporáneas, es necesario y muy importante reconocer y respetar lo diverso de los miembros de un colectivo, en este caso aceptando las particularidades de las mujeres. La autonomía organizativa por la que lucharon se fundamentaba en ese hecho, en que la particularidad de las situaciones de las mujeres hacía necesarias vías propias para su emancipación.

Y esta reivindicación de la diferencia también se tradujo a la consideración de la existencia de valores diferentes, propios de las mujeres, que tal vez debieran ser conservados en una sociedad libre de opresión (presagiando el trabajo posterior de teóricas como Carol Gilligan). Aunque algunas de las miembros de Mujeres Libres caen en cierto esencialismo, en una noción atemporal de la idea de feminidad, otras, más en consonancia con las tesis anarquistas, hablan de que no hay diferencias innatas, pero que muchos de los valores típicamente femeninos merecen ser reivindicados desde la esfera pública.

Ackelsberg nos ofrece en este libro, como he tratado de mostrar, un puente a lo que fue Mujeres Libres y su entorno, y un análisis complejo del horizonte al que pretendían llegar. Horizonte que, al igual que el de muchas feministas actuales, es el de una sociedad igualitaria, libre, en la que se reconozcan y validen las diferencias entre grupos e individuos, reivindicando y valorando dicha diversidad, así como la importancia de la educación y de las redes de apoyo dentro de la comunidad.